

EMILIO

UZCATEGUI

PUNTO DE PARTIDA DE LA FILOSOFIA DE LA EDUCACION

En sus comienzos la filosofía aparece confundida con la religión y con las ciencias, pues estas tres actividades humanas constituyen tres diferentes caminos para alcanzar una misma meta: el conocimiento y la explicación del universo, de la vida y del hombre mismo.

La religión que además tiene un fin práctico, el perfeccionamiento humano, la preparación para la vida superior, se basa en la fe y de consiguiente, en el dogma, por lo que en el transcurso de la evolución queda simplemente con el único fin esencial del mejoramiento moral de los creyentes.

En un estado más avanzado y como un escalón hacia la ciencia, el hombre se sirve del razonamiento especulativo, el libre examen, para conquistar su primordial, la verdad; pero asimismo tiene un propósito práctico de superación moral, constituyendo la filosofía para los grandes pensadores lo que la religión es para el vulgo.

Durante el largo período de la Edad Media, aunque ya se podía observar la diferencia entre religión, filosofía y ciencia, ésta quedaba supeditada a la filosofía, de la misma manera que la filosofía no soltaba sus amarras de la religión. Lo prueba el sistema o doctrina conocido como escolasticismo y sobre todo la mágica fórmula de San Anselmo basada en San Agustín: **credo ut intelligam**, creo para saber; para comprender, que echa por

los suelos el razonamiento libre o sea el verdadero sostén de una disciplina que con validez pudiera llamarse filosofía. Esfuerzo inútil el de otro santo, Tomás de Aquino, que no puede menos que fracasar en su empeño de hallar conciliación entre la religión y la ciencia, cosa imposible a todas luces, pues la primera tiene como soporte la fe ciega mientras la segunda, el libre examen, la comprobación razonada y experimental en lo posible.

Como etapa máxima, la ciencia nos ofrece la imagen e interpretación del universo, la vida y el hombre, utilizando también el razonamiento, pero basándolo en la experiencia y sirviéndose del número, la medición y de innumerables complejos instrumentos que, ampliando y corrigiendo la insuficiencia de los sentidos, se acercan con sus prodigiosos descubrimientos cada vez más a la verdad.

La religión, primera forma de interpretación del mundo, no requiere esfuerzo mental de reflexión, sino un mero proceso imaginativo mezclado de emoción. Por esto nace inicialmente, por esto la tienen las culturas más primitivas. La filosofía y la ciencia vienen más tarde para posteriormente emanciparse.

Filosofía y ciencia se identifican en cuanto ambas buscan la verdad por medios racionales; pero la primera estudia el conjunto y la segunda las partes. Por esto, el desarrollo de los conocimientos

... el nómeno es lo no visible, sólo inteligible, la cosa en sí, la causa última de la realidad que tiene existencia sustantiva ...

independizará de la filosofía áreas de saber específico: matemática, física, química, astronomía, biología, psicología, sociología. Pero queda la necesidad de estudiar y resolver los problemas de conjunto, de mirar el universo como un todo. De aquí que se empequeñece el campo de acción de la filosofía pero sin desaparecer, puesto que siempre habrá necesidad de considerar los problemas generales que escapan a la investigación particular.

En un estadio un tanto avanzado de su evolución el hombre llega a adquirir conciencia de sí mismo e inquiera sobre lo que es él, sobre su lugar en el mundo primero y en el universo después. A la vez que observa y estudia en forma inductiva todos los fenómenos que le rodean busca también una interpretación global, siente la necesidad de una cosmovisión (weltanschauung). Nacen así el interés por lo particular que irá construyendo innumerables ciencias simultáneamente con él por lo general que mantendrá su preocupación filosófica.

Los grandes filósofos, ante la imposibilidad de explicar el universo total, buscaron las explicaciones parciales y fueron originando las diversas ciencias que interpretan no ya el gran enigma universal, sino los pequeños y parciales enigmas. Euclides y Pitágoras dan nacimiento a la matemática, Eudasio al álgebra; la física con Arquímedes adquiere

re categoría de sistema científico... y de esta manera las demás disciplinas cada una de las cuales logra tal desarrollo que da origen a otras ciencias cada vez más específicas. Muchas tardarán siglos en constituirse como la química con Lavoisier, y más aún la biología, la psicología y las ciencias sociales. Por este camino todos los problemas lograrán ser resueltos con métodos, interpretaciones, finalidades y resultados científicos.

La filosofía, según expresión de Kant, quedará para resolver la existencia de los nómenos, que son causa de los fenómenos y que también según el mismo filósofo de Koenisberg, se reducen a tres: materia, alma, Dios. El fenómeno es lo que se ve en la conciencia, lo que aparece en ella; mientras el nómeno es lo no visible, sólo inteligible, la cosa en sí, la causa última de la realidad que tiene existencia sustantiva, absoluta e independiente.

También Kant barrunta que la filosofía no carece de futuro y le asigna un buen desarrollo como teoría del conocimiento, si en verdad él mismo se circunscribe a investigar y criticar la capacidad cognoscitiva del hombre; mas, todavía impregnado de metodología metafísica, no hace de la teoría del conocimiento una verdadera ciencia.

Por otra parte, Engels llega a esta afirmación: "de toda la anterior filosofía no subsiste al final con independencia

... la pedagogía o educación comenzó por ser nada más ni nada menos que filosofía ...

más que la doctrina del pensamiento y sus leyes, la lógica formal y la dialéctica”.

Un avance formidable es la formulación marxista de la unidad de la teoría y la práctica que significa la primacía de la lógica dialéctica sobre la formal que apenas ayuda a demostrar la certeza de los juicios mas no su veracidad objetiva, mientras aquélla (la dialéctica) es la teoría del método de obtención y demostración de la verdad, por lo que se la define como “la ciencia de la verdad y de las vías de su consecución”.

En la lógica dialéctica, no debe olvidarse el lugar destacado que conserva el principio de la unidad de lo abstracto y lo concreto en el pensamiento teórico-científico.

A este propósito no es importuno recordar que junto a este principio, el materialismo dialéctico se integra con estos otros tres igualmente importantes: el de la unidad material del mundo; el de que el conocimiento es un reflejo de los fenómenos, esto es, de las propiedades del mundo objetivo; y el de que los fenómenos no sólo tienen movimiento sino también desarrollo, es decir, pasan de lo simple a lo complejo.

Los comienzos del siglo actual nos presentan una filosofía que, si por una parte se ha encogido por desprendimiento de disciplinas que han llegado a ser autónomas, en compensación se ha en-

sanchado por el desarrollo en el estudio de los problemas de su propia incumbencia. ¿Querá decir que ha desaparecido la filosofía? ¿O será que no existen problemas filosóficos y que los filósofos se han hecho innecesarios? Nada de esto. Subsisten problemas esencialmente filosóficos y por ende hay necesidad de filósofos que los desentrañen.

Lo que ocurre es que, junto a una filosofía general cada vez más reducida, nacen y queda una variedad grande de filosofías específicas como las del derecho, de la religión, de la historia, de la matemática, y entre otras más, por cierto, la que mayormente nos interesa en este momento, la filosofía de la educación.

La pedagogía o educación comenzó por ser nada más ni nada menos que filosofía. Los primeros pensadores que trataron de construir un sistema educativo fueron filósofos: Platón, Aristóteles, Locke, Rousseau y el mismo Herbart. Correlativamente no ha habido gran filósofo que no haya dedicado buena parte de sus pensamientos y obras a la educación: Russell, Whitehead, Jacques Maritain, Spencer, Kant.

Apreciamos altamente la opinión de John Dewey, aunque por muy exagerada no compartimos con ella, de que “la filosofía puede ser definida como la **teoría general de la educación**”, pues revela las

inmensas conexiones de estas dos disciplinas. Creemos que al identificar los dos conceptos, como lo hace Dewey, sin duda se resta valor al contenido científico de la educación, tan sustancial para Kant, al decir: "la educación es ciencia o no es nada". En ningún caso creemos que la pedagogía científica haya de ser absorbida por la filosofía. Basta observar los progresos de orden experimental alcanzados por la educación. Más correcto es afirmar que la educación es ciencia y es filosofía a la vez. Por otra parte es a la filosofía de la educación a la que corresponde formular —y acaso se identifique con ella— una teoría general de la educación.

Todo esto demuestra de por sí la interdependencia de lo filosófico con lo educativo. Mas la aparición y desarrollo de las ciencias del hombre y el mejor conocimiento de éste terminaron por erigir la pedagogía en una verdadera ciencia, que satisface todas las exigencias lógicas de lo que los modernos conceptúan fundamental para que una disciplina pueda alcanzar la categoría de ciencia.

Hoy no dudamos de que la pedagogía o educación sea ciencia; pero esto no excluye, como ya lo hemos dicho, que ella mantenga también un aspecto o contenido filosófico. Hay problemas que no pueden resolverse por un método propiamente científico y requieren de la filosofía. Por lo demás, ni las ciencias

más exactas y por ende más ciencias que todas dejan de recibir el aporte de la filosofía, que no resta sino simplemente complementa el rigor científico del que jamás se despojarán.

Según como se la quiera interpretar, la filosofía de la educación es la más antigua o la más moderna de las disciplinas que integran el gran complejo de las ciencias de la educación.

Cuando la pedagogía era netamente filosofía se hallaba exenta, por primitiva, de contenido naturalista, biológico, psicológico y sociológico. Todo su material era eminentemente filosófico y por esto todos sus problemas en conjunto venían a constituir una verdadera filosofía de la educación, resolviéndose mediante el método deductivo. Dilthey casi identificó filosofía con pedagogía al decir que la última palabra del filosofar es la pedagogía ya que toda especulación tiende a realizarse por el obrar y la pedagogía es simplemente especulación puesta en práctica. Es la posición idealista que reduce todo lo educativo a filosofía.

Frente a esto los progresos científicos de la pedagogía que, basada en ciencias naturales como la biología y la psicología, como también, en sociales como la antropología y la sociología, en buena parte la han separado de la especulación y transpuesto a la experimentación. Con una gran cantidad de materiales de indudable valor y contenido científico se

... mientras unos van o proceden de las matemáticas y las ciencias, otros pasan o quedan en el campo de la poesía o literatura ...

ha logrado conformar una indispensable ciencia de la educación.

Sin embargo, como obviamente quedan algunos tópicos o problemas insolubles en el campo experimental y estrictamente científico y cuya solución sólo puede obtenerse por vía deductiva o de razonamiento, este conjunto de problemas educativos de naturaleza filosófica da lugar a una disciplina nueva: la FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN.

Con Kant se acabó, no decimos la filosofía, pero sí la formulación de nuevos sistemas o escuelas. Quizá con fuerza de convincente razón se ha dicho que desde entonces, mientras unos van o proceden de las matemáticas y las ciencias, otros pasan o quedan en el campo de la poesía o literatura. Kierkegaard, Dilthey, Bergson con sus filosofías anticientíficas son más bien poetas como antaño lo fueron otros filósofos: Platón, Lucrecio, Nietzsche.

El evolucionismo, por su parte, deja de ser filosofía y se transforma en ciencia. Ya no es la filosofía zoológica elucubrada de Lamarck, sino la selección natural comprobada científicamente por Darwin.

Si en buena parte filosofía y religión se manifestaron primitivamente unidas, indiferenciadas, hay para preguntarse, ¿hasta dónde Lao-Tse, Confucio y Buda son filósofos y hasta dónde fundadores de religión? Brentano, Kierkegaard,

Schiller, Heidegger tienen extracto y posición clerical o al menos una comunión religiosa y mística profunda y por tanto anticientífica. De ahí sus filosofías idealistas. Esta duda adquiere mayor volumen y significación cuando se recuerda que Karl Jaspers habla de una "fe filosófica" que a nuestro parecer es insostenible, ya que si es fe no admite libre examen y de consiguiente no es filosofía.

Contra todas estas escuelas, doctrinas o sistemas, o lo que sean, cual más cual menos idealistas ciento por ciento o siquiera inficionados de idealismo se enfrenta el materialismo que en definitiva no es otra cosa sino la explicación científica del universo. Más recientemente, una posición complementaria, el materialismo histórico, demuestra que las leyes que rigen el universo explican también el desarrollo social, culminando así el proceso formador de la filosofía integral materialista debido a Marx, Engels y más en nuestros días a Lenin.

Hemos de precisar que el materialismo dialéctico, por más que no se aparta de lo científico no es en realidad una ciencia más, puesto que no estudia un aspecto de la naturaleza tal como es. Es una concepción científica del universo que estudia sus leyes más generales; una concepción del mundo en su conjunto; una concepción general que, por tanto, no admite duda de que es una filosofía.

... "la filosofía de la educación en nuestros días ha de ser también una filosofía científica de la educación" ...

¿Por qué esta introducción acaso demasiado extensa? Porque si la filosofía de la educación es un vástago o derivación de la filosofía general, se hace indispensable el recuerdo de estos conceptos para fundamentar la dirección que debe seguir. Queremos significar y asentar que la filosofía de la educación en nuestros días ha de ser también una filosofía científica de la educación y que de seguir la corriente idealista se sentirá de rezago, de inactualidad, y lo que es peor, incurrirá en graves errores.

Que hay filosofías idealistas generales y de la educación contemporáneas no lo negamos; quizá es la tendencia más generalizada en occidente y por esto mismo el reconocimiento de su existencia justifica la necesidad de estudiar, conocer, valorar y comparar las dos corrientes.

¿Qué problemas de la filosofía quedan dentro de su área a la luz de una concepción materialista, esto es, ligada estrechamente con la ciencia?

No es del caso en esta oportunidad emprender en un análisis prolijo de sus problemas y contenidos. Nos limitamos a decir de una manera general que la teoría de la ciencia (lógica dialéctica) constituye el eje de la filosofía moderna. Sin embargo, se debe aclarar que para muchos tratadistas la teoría de la ciencia (Lógica y gnoseología o epistemología) constituyen disciplinas autónomas, lo

mismo que la axiología o teoría de los valores con sus grandes segmentos: ética, estética y teoría de la religión.

Creemos que la casi totalidad de los problemas ontológicos o más propiamente metafísicos, con el inmenso desarrollo científico actual, han perdido su calidad de filosóficos y han pasado a lo estrictamente científico.

Los problemas cosmológicos y psicológicos a la luz de los conocimientos científicos modernos escapan en fuerte proporción a lo metafísico. Por mucho que no estén resueltos en su totalidad, la respuesta final se ha de esperar de la ciencia, sólo de ella y a través de sus métodos. La astronomía, la físico-química, la biología, la química biológica y la psicología dan amplias, satisfactorias y firmes respuestas. El origen del universo y todas las cuestiones cosmológicas hallan explicación en la ciencia comprobada o al menos en teorías de profundo basamento científico, que van más allá de lo filosófico y que por tanto no justifican la existencia de una cosmología racional o idealista.

En cuanto al problema del hombre las respuestas han evolucionado siguiendo tres importantes direcciones: una interpretación teológica como la que da San Agustín; otra filosófica que ofrece Hegel, y una sociológica, científica que es aportada por Marx y Engels. Bien lo dice Luis Carranza Siles (Antropología

... ¿a dónde vamos?, ¿de dónde venimos?, ¿qué somos? y ¿cómo somos? ...

filosófica. La Paz, 1975): "Los que afirman que el hombre, antes de todo, es un existente, han llevado la antropología al campo de la sociología. Este cambio en el enfoque del hombre, inmediatamente que la antropología comprendió que antes que las diferencias importa la unidad del hombre con el mundo, ha servido para que la sociología gane todo el campo que la filosofía viene perdiendo en torno de la problemática humana".

De los cuatro grandes problemas de la antropología filosófica, a saber: ¿A dónde vamos?, ¿de dónde venimos?, ¿qué somos? y ¿cómo somos?, los tres últimos encuentran correcta satisfacción en la ciencia, mientras a la filosofía le restaría sólo el primero, esto es, indagar hacia dónde vamos.

El origen y la naturaleza animal del hombre están perfectamente demostrados en términos y condiciones que hasta mentes religiosas lo aceptan. Más aún, en cuanto al origen de la vida se puede afirmar que sólo falta la producción artificial de una célula elaborada en un tubo de ensayo o algo semejante, cosa que está muy cercana desde que se ha producido ya sintéticamente el ácido desoxirribonucleico y genes. Ciertamente que no hay la respuesta final y contundente; pero sí se la hallará pronto, no por la especulación metafísica, sino por métodos experimentales y sin apartarse del rigor de la ciencia.

La antropología filosófica educativa no ha producido otro fruto que los filósofos y educadores, que enredados en discusiones bizantinas sobre la naturaleza esencial del hombre, el origen y naturaleza del alma, el destino del hombre y otras interrogaciones de esta laya, ignoran totalmente la personalidad física, psíquica y social del educando y que, por tanto, su sistema pedagógico resulta simplemente un conglomerado de enunciados apriorísticos.

Nos queda el sector más metafísico de todos: el relativo a Dios y sus derivaciones que componen la teodicea. A este respecto, entre los filósofos más acreditados hay un cierto consenso en el sentido de la absoluta imposibilidad de probar o demostrar ya sea la existencia o la inexistencia de un ser supremo autor y causa de todo lo existente. La única salida de la encrucijada del deísmo es la fe, más ya lo hemos enunciado una y otra vez, la fe es materia o problema de religión y no de filosofía y menos aún de ciencia. Quien quiera creer en Dios no necesita buscar apoyo ni en la ciencia ni en la filosofía. Simplemente acepta su existencia y asunto concluido. El ateo, por su parte, tampoco está obligado a probar la inexistencia de un ser supremo por el sencillo hecho de que la carga de la prueba recae lógicamente en el sujeto que afirma una hipótesis. La conducta que corresponde adoptar al

modernamente ha surgido la denominada filosofía de la cultura

ateo es fácil: respetar la creencia de los contrarios y nada más. No tiene por qué devanarse los sesos para buscar pruebas para la negación ni siquiera para refutar los malabarismos lingüísticos y lógicos de quienes pretenden haber hallado pruebas de la existencia de Dios.

Modernamente ha surgido la denominada filosofía de la cultura, disciplina nueva que aspira a integrar todas las filosofías especiales relativas a las diferentes manifestaciones de la cultura. Se trata de un intento sólo posible con inmensas limitaciones. Quien pretenda o intente comprender, así sea como un todo, áreas tan vastas y diversificadas como son las del derecho, el Estado, la religión, el lenguaje, la ciencia, el arte, el mito, la historia, la educación, etc. se encuentra frente a una dificultad tan grande como la del sabio que aspirara a serlo en todas las ciencias. Cabe, por cierto, una teoría general de la ciencia y asimismo una teoría general de la cultura; pero para investigar fructíferamente y desembarañar sus problemas es menester el concurso de especialistas en cada ciencia. Análogamente es requerida la acción de especialistas que, dominando lo general de la cultura, se ocupen de algunas de sus ramas parciales.

Regresamos entonces a que hace falta la formulación de una teoría filosófica especial de la educación y ésta es la filosofía de la educación, a la que, por el

poco caso que le han hecho la generalidad de los filósofos, se la ha calificado de pariente pobre de la filosofía. Sin negar y antes bien reconociendo la validez de una filosofía de la cultura en general, tenemos pues que admitir la necesidad imperiosa de una filosofía de la educación.

La filosofía de la educación es una disciplina cuya existencia se justifica por un apreciable conjunto de problemas conexos que le son propios. Las raíces de su problemática tienen su origen en cuestiones ontológicas, gnoseológicas, axiológicas, personalógicas y praxológicas que operan en el proceso educativo. Hay también problemas o materias como el de la educabilidad, algunos de carácter antropológico y otros que aunque pueden y deben resolverse científicamente no han dejado todavía el terreno filosófico.

Esta raigambre ramificada y extensa hace que el contenido de esta disciplina sea complejo y extremadamente diversificado. Hace falta fijar su problemática al menos dentro de ciertos límites.

Si bien la temática es universal, cabe establecer aspectos especiales, intereses y soluciones propios de un grupo social, por ejemplo, fines, valores educativos, etc., que pueden engendrar filosofías de la educación nacionales sin desmedro de una de carácter general, universal.

... "el pensamiento es proteico mientras la fe es acuñada, forjada en molde" ...

Otra conclusión a la que creemos haber llegado es que, si la filosofía como tal no precisa ocuparse de la metafísica, una correcta filosofía de la educación ha de prescindir igualmente de todo elemento metafísico. Una filosofía de la educación con tintes o ribetes metafísicos es en nuestro concepto anacrónica y anticientífica.

Si juzgamos la juventud de la filosofía de la educación es de rigor apreciar el alto grado de desarrollo que ha alcanzado. Como esfuerzo severo de sistematización casi la podemos ubicar en nuestro siglo o muy poco antes. Por esto llama mucho la atención y es plausible —no obstante ser reducido— el número de tratadistas de esta disciplina existente en nuestro continente desde el clásico chileno Valentín Letelier de fines del siglo pasado y principios del presente hasta el argentino Juan Mantovani, los bolivianos Donoso Torres y Carranza Siles, el uruguayo Alejandro Arias, el peruano Luis Felipe Alarco, otro chileno Roberto Munizaga, el mexicano Francisco Larroyo, etc. para no citar a los norteamericanos Dewey, Kilpatrick, Brameld, Brubacher, Breed, Horne, Adler, McGucken....

La filosofía no es estática, pues en tal caso sería religión. Es evolutiva y revolucionaria por excelencia. De lo contrario no habría pensamiento. El pensamiento es proteico mientras la fe es acuñada, forjada en molde y por esto inmutable. Nada más opuesto a la filosofía que la inmutabilidad. Lo dicho y mucho más es igualmente cierto en el campo de la filosofía educativa. Disciplina en plena adolescencia, no se ha desarrollado totalmente, no se ha constituido ni formado aún su personalidad definitiva.

Esto explica la heterogeneidad de los temarios elaborados por quienes se dedican a su cultivo, variabilidad que también halla fundamento en las grandes vinculaciones que le ligan con la filosofía de la cultura. Asimismo ha debido eliminarse la temática que encuentra suficiente soporte y explicación en la ciencia pedagógica. Pero al mismo tiempo van incorporándose nuevos problemas que no habían sido abordados ni planteados antes, como la educación filética, la erótica, el conjunto de tesis de la praxología... y aún faltan por introducirse otros, por ejemplo el estudio comparativo entre la moral burguesa y la proletaria, el análisis de la bifurcación de la estética en capitalista y socialista.